



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 1999, Alejandra Vallejo-Nágera

© 1999, Cristina Belmonte

© De esta edición:

2020, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-029-9

Depósito legal: M-37.672-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: enero de 2020

Más de 15 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Los Lagartijos

Alejandra Vallejo-Nágera

Ilustraciones de Cristina Belmonte

loqueleg



Para Clara, que es tan valiente y aventurera  
como un Lagartijo...  
Y también, naturalmente, para Lucía.

El texto de este libro plantea una serie de enigmas cuyas pistas hay que buscar en las ilustraciones que lo acompañan. Observa los dibujos, encuentra las pistas y conviértete en un Lagartijo más.

## ¿Dónde vive G. J.?

Al entrar en clase, Micro se dio cuenta de que G. J. no había llegado todavía.

—¿Sabes qué le ocurre a G. J.? —preguntó a Zas, mientras dejaba caer la pesada mochila al lado de su pupitre.

Zas hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Estará pegado a las sábanas; igual que todos los días —contestó mohíno.

—No me extraña. ¡Cada noche se acuesta en una habitación diferente! Así no hay quien duerma bien —suspiró Micro.



—Lo que ocurre es que tiene más cara que una pandereta —gruñó Zas—. Si yo viviera en una casa como la suya, con 20 dormitorios...

—... Y 20 baños... —interrumpió Micro jocosamente.

—... Y una cocina gigante con una nevera apoteósica...

10 —... Más un comedor con 12 mesas y... ¡48 sillas!

Zas reflexionó unos segundos, se colocó la visera hacia atrás y comenzó a buscar algo en sus bolsillos mientras decía:

—Sí, sí, G. J. tiene una casa chula; pero lo que mola chachi es que puede usar el desván como guarida privada... —hizo una breve pausa y extrajo un muelle grande, brillante y dorado de su pantalón. Lo colocó con devoción en el centro de su mesa y continuó hablando—: Eso sí que flipa mogollón...

—¿Te refieres a ese trasto? —preguntó Micro señalando con la barbilla el muelle dorado.

—No; me refiero al Iglú.

—¿Al Iglú?

—Naturaca... —respondió Zas haciendo mucha fuerza con ambas manos para aplastar el muelle contra su mesa—, chola cantidubi eso de tener una guarida para ti solo y poder invitar a tus amigos siempre que te dé la gana.

Micro esbozó una mueca.

11

—Lo peor es el frío que hace en invierno —dijo con un ligero temblor de voz.

—¡Por algo se llama el Iglú!, tía —exclamó Zas, mientras soltaba de golpe la presión sobre el muelle dorado. Este subió como un tiro, rebotó contra el techo y salió disparado en dirección a la pizarra—. ¡Funciona! —exclamó Zas lleno de orgullo, pero nadie le hizo ni pizca de caso..., nadie, excepto Urso.

Desde un pupitre próximo, Urso contemplaba la escena sin perder un solo detalle. Urso era un chico nuevo, mayor, fastidión y bizco, que desde el principio de curso se había dedicado a incordiar a Zas sin descanso.

—Aquí viene Zas, el reptil más apestoso del colegio —comentó un día al verle entrar en clase, mientras le arrancaba de un manotazo su inseparable visera y se la tiraba por la ventana.

También a Urso le fastidiaban los amigos de Zas.

12 Nada más escuchar que G. J. tenía una casa de veinte dormitorios y un comedor con cuarenta y ocho sillas, Urso sintió una especie de vibración interior. Notó en sus entrañas un impulso perverso que le escocía por dentro y le incitaba a poner en ridículo a los Lagartijos.

Así que comenzó a dar grititos absurdos, mientras arqueaba las cejas, cerraba los ojos, subía la barbilla y se empujaba la punta de la nariz hacia arriba con un dedo.

—Y a ti ¿qué te pasa?, tío; ¿estás pirado, o qué? —le gruñó Zas.

—Pues que resulta que en esta clase hay un periquito —dijo Urso mientras pronunciaba la última palabra con una voz estridente y majadera.

—¿Un qué?

—Un chinorri con pelas; un marquesito podrido de pasta, un...

—¿De qué habla el monicaco este? —preguntó Micro señalando a Urso como si oliese mal.

—¿De qué voy a hablar?, ¡de ese chimpancé con gomina, que se llama G. J...! —cacareó Urso—. ¿Quién diría que, con esa pinta, el nene dispone de ¡20 baños! para hacer caquita? —añadió con un tono histérico, mientras hacía estúpidos movimientos con las manos.

A Zas le entraron muchas ganas de darle un puñetazo en todos los morros, pero, en lugar de eso, sacó una pequeña linterna de su bolsillo y, dándole con su luz en los ojos, le espetó irónico:

—¡Te has colao, melena!, G. J. no es rico, ni nada de esas chorradas que estás diciendo. Lo que pasa es que te da rabia que todo el mundo, menos tú, sepa dónde vive.

Luego, muy ufano, apagó la linterna y se fue a su pupitre.

Entretanto Urso, parpadeando convulsivamente, comenzó a columpiarse sobre las patas posteriores de su silla para disimular su desconcierto.

En ese momento entró el profesor de Matemáticas.

—Buenos días —saludó con voz animada.  
14 Observó el sitio vacío de G. J. y preguntó—:  
¿Alguien sabe por qué no ha venido...?

Justo en aquel instante se abrió la puerta de golpe, y apareció G. J. con aspecto de haber corrido a toda velocidad.

—¡Perdón! —dijo casi sin aliento.

Mientras se encaminaba rápidamente hacia su pupitre, Urso le agarró bruscamente de un brazo y, poniéndose más bizco que nunca, preguntó en tono catastrofista:

—¡Eh, macho!, ¿tú dónde vives?



## La fábrica abandonada



16 Durante el recreo, G. J. hizo acopio de los succulentos manjares que traía en la cartera.

Sobre una baldosa del patio extendió pulcramente una servilleta de papel en la que depositó dos bocadillos, tres bananas y una galleta de chocolate. Los plátanos de Canarias eran para G. J. un auténtico delirio. Si le dejasen hacerlo, no comería otra cosa.

Mientras se hallaba en plena degustación, observó que Zas se acercaba. Su aspecto le dio mala espina: seguro que venía a pedirle la galleta de chocolate. Así que, sin perder tiempo, se apresuró a esconderla con disimulo.

—¿Qué traes hoy? —husmeó Zas cuando llegó junto a él.

—Mmm... ná —respondió G. J. con los carrillos rebosantes de comida.

—¿Tú sin combustible?, ¡menos lobos, Caperu! —exclamó Zas incrédulo. Sacó una gran lupa de un bolsillo y comenzó a inspeccionar meticulosamente las vituallas que había expuesto G. J. sobre la servilleta de papel.

— Si quíés bocata —ofreció G. J. de mala gana.

—¿De qué es?

G. J. abrió las rebanadas de pan y miró en su interior.

—De morcilla con ketchup.

—Mejor déjalo —contestó Zas con un gesto de repulsa—. Oye, ¿cuál es el plan de hoy?

—A las diez en el Iglú. Hay noticias interesantes —respondió G. J., indiferente y sin dejar de masticar.

—¿Puedo llevar a Floro?

—¿A quién?

—A mi halcón recién amaestrado.

—¡¡Floro!!, ¡vaya nombrecito más chungo para un pajarraco! —se mofó G. J.

—... Ya, tío..., es que mola el contraste...  
Bueno, ¿lo llevo?

—Mejor no. A mi madre le puede dar un cangrí —dijo G. J. a la vez que masticaba el segundo plátano de la mañana.

—¿Un qué?

—Un cangrí —repitió G. J. con excelsa pronunciación.

18

—Querrás decir un canguelo, so inculto.

—¿Y eso qué es?

—¿Un canguelo? Pues lo mismo que tu *cangrí*... Vamos, eso creo —respondió Zas colocándose la visera de la gorra hacia atrás.

—Sí, pero mi *cangrí* es mejor...

—¡Ah!, ¿y por qué? —exclamó Zas impetuoso.

—Porque *gri* viene de *grito*, que es lo que va a pegar mi madre cuando vea a tu Floro subido encima de la lámpara de mi bisabuela.

—¡Uy qué trola!... Y el *can*, ¿de dónde viene?

—... Hummm... —murmuró G. J. mientras seguía masticando con deleite su plátano—, pues viene de... de... canalla.

Sin hacer caso de la estupefacción de Zas, G. J. comenzó a recoger los restos de todo lo que se acababa de zampar. Antes de dar por finalizada su tarea, dirigió la vista hacia Zas y le aclaró:

—O sea, que ya lo sabes: a las diez en el Iglú. Hay noticias frescas —y, dándole una palmada en la visera de la gorra, se marchó de allí muy digno.

19

A las diez de la noche, después de haber cenado y con los deberes hechos, Zas y Micro se encaminaron hacia el hotel donde vivía G. J., en cuyo desván se iban a reunir.

Tras el pequeño mostrador de la entrada estaba la madre de G. J. Atendía a un nuevo huésped, al que en ese momento entregaba la llave de una habitación mientras le decía en tono alegre:

—Aquí tiene la llave del dormitorio número 11, tal y como usted ha solicitado, señor.

Micro y Zas se acercaron al mostrador.

—Hola, ¿está G. J.? —preguntaron.

—Sí, creo que os espera donde siempre —respondió la madre sin hacerles mucho caso.

A Zas le llamó la atención que el nuevo huésped no levantara la vista del mostrador.

20 Era un hombre grandullón, iba vestido con una gabardina y tenía cara de antipático. Llevaba gafas oscuras, a pesar de que ya era de noche. Entre sus piernas había colocado una mochila de color negro, y en uno de sus lados tenía escrito el número 14.

Mientras subían los primeros peldaños de la escalera, oyeron que el fulano aquel preguntaba con voz de ultratumba:

—Esos dos ¿son hijos suyos?

—No. Son amigos de mi hijo —respondió la señora Jaén.

—Espero que no den mucha guerra —comentó el hombre malhumorado—. Necesito descansar.

En el Iglú aguardaba G. J. con el gesto impaciente y los ojos brillantes.

—Venid, ¡rápido! —dijo lleno de excitación.

Los condujo hacia la ventana del desván y, con una mueca desbordante de intriga, invitó a sus amigos a mirar hacia fuera.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó Zas sin entender nada.

—¡Observa! —exclamó G. J., señalando la vista exterior.

—¡Ajajá!, ¡qué interesante! —comentó Micro sin dejar de mirar por la ventana.

—¿Qué veis? —inquirió Zas impaciente.

—La fábrica, Zas, observa la fábrica. ¿No ves algo extraño? —susurró G. J.

—No tengo ni puñetera idea de lo que estáis mirando. A veces os ponéis un poco idiotas con tanto misterio.

—Anda, Lagartijo, ¡resuelve el acertijo! —rio Micro dándole una cariñosa palmada en la visera de la gorra.

—¡Te crees muy lista!, ¿verdad? Aquí todo el mundo piensa que es mejor que yo... ¡Pues para que lo sepáis...!

—¡Venga, macho!, no seas pedorro, mira por la ventana, anda —pidió G. J. conciliador.

—Ya no me interesa. Me dan igual vuestros secretitos —refunfuñó Zas, mientras se cruzaba de brazos y se ponía de espaldas a la ventana para fastidiar.

22 —¡Vamos, Zas! —le animó Micro—. Te daré una pista: algo indica que la fábrica no está deshabitada.

—¡Bah!, y a mí ¿qué?

—¡Zas, venga!

Al ver que le hacían tanto caso Zas se sintió importante. Puso cara de estar haciendo un inmenso favor; se colocó la visera de la gorra hacia atrás; extrajo con parsimonia de su bolsillo una especie de catalejo desplegable, que en realidad no servía para nada y, con gesto de superioridad, examinó el viejo edificio abandonado. Dedicó un buen rato a mover el original telescopio de bolsillo de izquierda a derecha, de arriba abajo, y otra vez de izquierda a derecha... Tenía mucho interés en demostrar que él hacía

las cosas igual que si fuera un profesional auténtico.

De pronto, abrió mucho los ojos, contuvo la respiración y exclamó entusiasmado:

—¡Lo veo!, ¡lo veo!